

MediamenteFalso

La «inteligencia» artificial de Instagram discrimina las publicaciones según los símbolos que contienen; le ha ocurrido hace poco a una publicación que reproducía un cuadro mío.

La paradoja está en que la publicación oscurecida (censurada) pretendía hacer reflexionar sobre el papel de los medios en la historia reciente y sobre su capacidad de manipular la verdad en favor del poder.

La obra representa al Super Mario de la Toei con una gorra nazi, pintado al óleo sobre una página original del Corriere della Sera del 13 de abril de 1945.

En aquel momento histórico Italia se había rendido a los aliados dos años antes, pero nuestro principal diario titulaba: «Férrea voluntad de combatir hasta la victoria», junto a una foto de Hitler y Mussolini planificando sus movimientos militares sobre un mapa.

Los artículos de la página cuentan una realidad de fantasía hiperbólica, en la que se da por descontado que los fascistas conseguirán en breve ganar la guerra en Italia y en las colonias, junto con el aliado alemán.

En la excelente serie ambientada en una realidad paralela a la nuestra, «El hombre en el castillo», dirigida por David Semel (Amazon Prime Video), el eje ha ganado la guerra, Alemania y Japón se han repartido el mundo; los fascistas italianos no se citan en ninguno de los 40 episodios. El titular del Corriere del 45 no encuentra apoyo ni siquiera en una obra de ficción distópica ochenta años después.

En la realidad, el 13 de abril de 1945 los alemanes estaban perdiendo Viena a manos de las tropas de Stalin; doce días después Italia sería liberada por los americanos y quince días después Mussolini sería ejecutado por los partisanos.

El director del Corriere, Ermanno Amicucci, eligió en aquellos días manipular la realidad porque el poder estaba todavía en manos de los nazis (que habían ocupado Milán) y de los fascistas de la República Social Italiana.

Hoy más que en el 45, el único poder que mueve a todos los demás es el económico; por esta razón internet ya no es el lugar de libertad de expresión y de libre circulación de la información que habíamos contribuido a construir a comienzos del milenio: el kraken económico se ha adueñado de nuestro juguete convirtiéndolo en una máquina de hacer dinero.

Instagram y las demás redes no son una excepción: no sirven para conocerse, compartir o comunicar, sino para crear un mercado.

La censura, en este contexto, la ejercen anónimas «inteligencias» artificiales, con el fin de favorecer los intercambios y la consiguiente creación de valor económico.

El intento es reducir al máximo el material controvertido, las discriminaciones, las informaciones alternativas, la violencia, etcétera, de modo que se cree un espacio lo más

inclusivo posible, en el que poder vender y comprar con total confianza y seguridad; la cultura y el arte deberían por tanto plegarse a este imperativo.

Se vende mejor entreteniendo, hablando de fruslerías, manteniendo el nivel de la narración comprensible para todos; por esta razón la mayor parte de las publicaciones que vemos cuentan accidentes tragicómicos, mujeres seductoras y, naturalmente, productos comprables con un solo toque de los dedos.

Quien nació en los años setenta en Italia, como quien escribe, recuerda entre las diversas porquerías de las que hemos sido testigos el nacimiento de las televisiones privadas, en las que por primera vez la estupidez, las fruslerías y los grandes senos representaban el tema dominante de la mayoría de los programas. La recaudación publicitaria funcionaba tan bien con estas temáticas que la Rai tuvo que rendirse a la evidencia, tanto que hoy no hay diferencia alguna entre las dos emisoras, salvo el canon.

Puede decirse que Berlusconi fue el primero en entenderlo, por tanto el mejor desde el punto de vista empresarial, en consecuencia el más rico, y después también el más votado.

Presidente del Consejo de Ministros de la República Italiana, candidato a convertirse en Presidente de la República —si tan sólo se hubiera dado cuenta de que el electorado adora las fruslerías y los grandes senos, tolera a las prostitutas, pero no perdona a los putañeros.

En los periódicos de ayer y de anteayer se encuentra el futuro visto y esperado en el pasado, y el pasado no realizado en el futuro; la mentira elevada a sistema de referencia, el mentir para convencer e incitar, y sobre todo la guerra, única constante de estos últimos ochenta años de paz.

La historia siempre la han escrito los vencedores, el poder político y militar.

Hoy el pasado, la historia, el presente y la idea del futuro se escriben mediante el poder tecnológico y mediático de mistificar la realidad, de gratificar el ego de los destinatarios de un mensaje, hasta llevarlos a creer que el sucedáneo de realidad que observan es la realidad misma.

El recurso al sucedáneo está cada vez más presente en cada aspecto de la vida humana, y es vivido por la mayoría de las personas como algo innovador, ecológico, emancipador, saludable, mejorador, seguro.

Los animales domésticos, los robots, las muñecas de silicona se usan como sucedáneos de hijos, maridos, esposas, amantes y nietos; la cirugía plástica se usa para producir cuerpos e identidades sexuales sucedáneas; la pornografía y el sexo seguro permiten sustituir el propio acto sexual; los alimentos sintéticos, veganos, las barritas nutricionales, los medicamentos que permiten obtener rendimiento en todos los ámbitos: los seres humanos mismos son sucedáneos de sí mismos.

Hacia los espacios más íntimos y fundamentales de nuestra existencia se promueven productos, ideas y comportamientos que tratan de alejarnos de la vida real, hacia una vida ficticia, virtual, sintética, en la que la experiencia interior es sustituida por la imagen

mistificada que la sociedad tiene de nosotros.

Una mentira repetida hasta el infinito no se vuelve verdadera, pero convierte la mistificación en una práctica socialmente aceptable; el sentido de lo verdadero se pierde detrás de la conciencia de que toda verdad podría contener, en todo o en parte, una mistificación.

La persona más hábil y generosa puede parecer, en este contexto, demasiado buena para ser verdad; la persona más despreciable puede parecer santificada por verdades inventadas.

Al aceptar delegar el poder de definir la verdad al sistema tecnológico y mediático, aceptamos vivir en un torbellino de información producida para sostener una mistificación en lugar de otra.

El pandemónium causado por el coronavirus ha hecho más apreciable la idea de una experiencia de vida sucedánea, enmascarada, en la que buscamos el reconocimiento del grupo sin tener que encontrarnos con los individuos.

La historia de nuestros días la escribirán todavía los vencedores de una guerra hecha de mentiras, pero las capacidades tecnológicas a las que hemos llegado nos permitirán crear mistificaciones de proporciones nunca vistas.

Nos mentimos a nosotros mismos, y cada día es más difícil sorprendernos haciéndolo; la vida sucedánea fagocita la real.

Hay, en mi cerebro, una cantidad inmensa de imágenes almacenadas, más o menos útilmente, que saltan afuera en los momentos más imprevistos: son apuntes visuales archivados en el vano intento de saciar mi necesidad de conocer las cosas. Imágenes deformadas, gastadas por el tiempo, revisadas y reconsideradas a la luz de acontecimientos posteriores, disociadas, aisladas del contexto, distorsionadas por la inevitable amnesia que trae la vida, por el perenne asalto y saqueo de los míticos camellitos de la memoria. Imágenes de mi vida, de las películas y los programas de televisión, de los videoclips musicales, de las exposiciones y los museos, de los anuncios publicitarios, de los iconos del género humano, de los libros y las historias, hasta las imágenes de mis sueños.

Los elementos disonantes vuelven a encontrar su acorde visual y conceptual, cromático y formal, cómico, cósmico y surreal, en el fruto pictórico.

Personajes y paisajes, interiores y espacios de un gran episodio crossover, nacido de mi «volupté de voir», de mi pasear por las habitaciones secretas de mi cerebro, como un flâneur dentro del viaje alucinante de Asimov.

A través de este juego de búsqueda, el collage de las referencias visuales se convierte en una continua sublimación intelectual llena de especulaciones sobre el valor icónico de las imágenes y los símbolos que interactúan entre sí, creando un relato que no puede prescindir de la colocación natural de las imágenes mismas, pero que tampoco puede dejar de trazar nuevas

narraciones y nuevos recorridos de sentido. El caleidoscopio de las imágenes imaginadas por uno mismo y por los demás refleja en un espejo deformante la imagen de lo que hemos visto,

de lo que creímos ver, de lo que vemos al cabo del tiempo, en un continuo mirar-experimentar-considerar-reinventar-volver a mirar hasta el infinito. Creamos a partir de lo que hemos visto y experimentado, recreando al infinito el mundo en el que imaginamos querer vivir.

Luca Motosese

motosese.com — Texto original en italiano